

El discipulado en la teología latinoamericana

Difícilmente se puede resumir mejor la interpretación que la teología latinoamericana ha dado sobre el seguimiento de Jesús como la forma de llegar a ser discípulo de Jesucristo. Leyendo esa teología, veamos primero qué implica la expresión "seguimiento de Cristo" en los evangelios, para presentar después la explicitación de sus contenidos.



A lo largo y al final de los evangelios, queda como una llamada que asoma una y otra vez; "sígueme". Jesús, confesado el Cristo, ha querido crear una comunidad de discípulos que se dejen alcanzar y transformar por su Espíritu. Eso significa la invitación al seguimiento. Pero en la actividad pública de Jesús hay como dos etapas fácilmente distinguibles por lo que se ha venido llamando "crisis de Galilea", reflejada de algún modo en todos los evangelios.

Hay una primera etapa en que Jesús, movido por el Espíritu, sale de su grupo familiar y de su pueblo Nazaret, para proclamar que Dios interviene ya y que llega su reino, se cumplen las promesas; "los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia". Ante la nueva presencia, es necesario cambiar de vida; de mentalidad, de mirada y práctica existencias; la conversión es fruto y consecuencia del evangelio. En esta primera etapa de su actividad mesiánica Jesús respira entusiasmo y optimismo, hace signos de liberación: se sienta a la mesa con los social y religiosamente excluidos, cura enfermos, lamenta el egoísmo de los arrogantes que no quieren cambiar. Cuentan los primeros capítulos del evangelio que Jesús invitó a varios -Simón, Andrés, Santiago, Juan...- "para que estuvieran con él y enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios". Era necesario que todos llegaran a conocer la buena noticia: está irrumpiendo ya el reino de Dios. Parece que los llamados recorrieron algunas aldeas, hicieron signos y encontraron eco entre la gente. Después "volvieron a reunirse con Jesús y le contaron todo lo que había hecho y enseñado". Es verdad que según el texto evangélico, "estar con Jesús", y "anunciar la llegada del reino", son dos aspectos que van inseparablemente unidos; no hay intimidad con Jesús que no se traduzca en misión, y no hay misión auténtica sin la comunión con Jesús. Sin embargo, parece que la invitación aquí es hecha solamente para algunos y su objetivo es colaborar en el anuncio de la buena noticia: "el reino de Dios está llegando". Los teólogos latinoamericanos llaman a este seguimiento "mesiánico".

No es fácil determinar con exactitud cuánto tiempo duró la actividad pública de Jesús una vez que, arrestado Juan el Bautista, marchó por las aldeas de Galilea para transmitir el evangelio de Dios. Pero, según Mc 3, 1-6, pronto surgió la oposición dura de las autoridades religiosas judías y llegó un momento en que la oposición fue agresiva y amenazante, la gente esperaba un liberador político y no entendía la necesidad de conversión, algunos discípulos más cercanos a Jesús se desanimaron y le abandonaron.. Lógicamente Jesús lee los signos, en ellos discierne cuál es la voluntad de Dios y, desafiando todas las amenazas, decide ir a Jerusalén. Un detalle de los evangelios es significativo: "Jesús iba por delante de sus discípulos, que lo seguían admirados y asustados". Aquel hombre era muy consciente de lo que podría suceder y siguió adelante desafiando el inminente peligro. En ese trance "dirigiéndose a la gente y a sus discípulos, les dijo: si alguno quiere seguirme, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga, porque el que quiera salvar su vida la perderá, pero el que pierda su vida por mí y por el evangelio la salvará".

Esta invitación supone algo previo: haber recibido el Espíritu de Jesucristo y estar apasionado por la causa que apasionó a Jesús, llevar a cabo la voluntad del Padre, la llegada del reino. Ese fue su alimento, lo que le mantuvo vivo, le dio fuerza en las dificultades y le impulsó siempre a seguir caminando. Así lo sugieren las parábolas del tesoro escondido y de la perla preciosa; quien los descubre "con gran alegría" se desprende rápidamente de todo lo que tiene para conseguir algo que le apetece sobremanera. En el origen de todo está Dios "que nos ama primero" y nos transforma con su amor. Lo dicen bien los obispos reunidos en Santo Domingo: "identificados con Cristo que vive en cada uno y conducidos por el Espíritu Santo, los hijos de Dios reciben en su corazón la ley del amor; de esta manera pueden responder a la exigencia de ser perfectos como el Padre que está en el cielo, siguiendo a Jesucristo y cargando la propia cruz cada día hasta dar la vida por El". El seguimiento de Jesús tiene una inspiración teológica; se identifica con una vida realizada en la fe, el amor y la esperanza. Un encuentro personal con Alguien, cuya presencia se gusta, aunque sigue todavía escondido y siempre mayor en su misma cercanía. El seguimiento de Jesucristo como la fe, nos saca continuamente de nuestra propia tierra y nos abre hacia el porvenir siempre nuevo.

El que se deje alcanzar por el Espíritu de Jesucristo, también vivirá el apasionamiento, se comprometerá de verdad en la llegada del reino, la nueva sociedad fraterna. Como dicen las bienaventuranzas en la versión de Mateo, los discípulos de Jesucristo serán misericordiosos, llevando una conducta coherente entre lo que piensan y dicen - "limpios de corazón"-; y trabajarán por construir la paz o la felicidad para todos. Pero si deciden ir por ese camino, como Jesús, encontrarán la conflictividad; por eso "deben tomar su cruz" y seguir confiando que todo lo que hacen por amor no cae ya en el vacío.

Jesús Espeja, OP

